

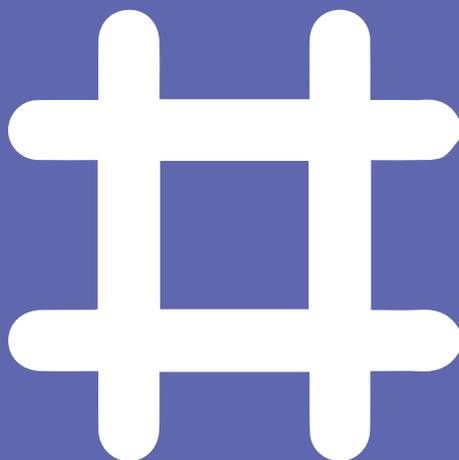
GUÍA | CICLO VITAL EN EL ESPECTRO AUTISTA: CONVERSACIONES Y RECOMENDACIONES

Autora y compiladora **Lilia Siervo Briones**



CAPÍTULO 2

AVANZANDO HACIA LA INCLUSIÓN SOCIAL Y EDUCATIVA,
ELEMENTOS CLAVES DE CÓMO PROMOVERLA



DESAFÍOS Y OPORTUNIDADES DE LA INCLUSIÓN DE ESTUDIANTES AUTISTAS EN EL AULA REGULAR

Por Ignacio Muñoz Delaunoy

Este libro aborda la realidad de la persona autista en los distintos momentos de su ciclo vital. Lo que busca es aportar al lector las claves para entender cómo se debe mirar y abordar esta condición, en cada uno de ellos, buscando generar el mejor escenario para que las personas Autistas puedan experimentar bienestar, y alcanzar su máximo potencial, como seres humanos.

Cada una de estas etapas trae consigo una estela de dificultades. Las primeras de ellas asoman cuando el niño/a abandona la zona de confort que ofrece la vida en familia, y se integra en la *jungla* escolar.

¿Cómo es la vida para los y las estudiantes en esta etapa? Algo bastante rudo, por una serie de motivos, que vamos a relevar en estas páginas.

Comencemos configurando la problemática.

Desde hace varios años viene tomando fuerza un movimiento a favor de la inclusión, siguiendo el trazado que fijó la Convención sobre los Derechos de las Personas con Discapacidad, que nos invitó a incorporar a este colectivo, en forma plena, en los espacios naturales de la vida en sociedad. Este tratado internacional, que entró en vigencia el año 2008, ha permeado las políticas públicas, dando origen a reingenierías institucionales, como la que ha tenido lugar al interior del sistema escolar o en las empresas, con cuerpos legales como la Ley de Inclusión Escolar, la Ley TEA o la Ley de Inclusión Laboral, que han permitido poco a poco transformar esos contextos en espacios de encuentro entre las personas con discapacidad y sin discapacidad, en los que los estudiantes son tratados como sujetos con igualdad de derechos.

Son cambios positivos y urgentes, por cierto. Pero también cambios para los que no estamos tan preparados como suponemos. ¿Razones? Para transformar cada aula escolar en un lugar inclusivo, no basta contar con el amparo de leyes, congregarse voluntades o alinear las chacras (desde una actitud de *buenismo*). Lo que necesitamos acá son diseños institucionales robustos, consensos políticos que sobrepasen los márgenes de los ciclos electorales, y sobre todo, hace falta conformar una base de capital humano, con la que hoy no contamos, que sea capaz de conducir estos cambios, apoyándose en los datos ciencia.

Esto se hace difícil por la rapidez y la magnitud del fenómeno.

Desde principios del presente siglo se ha venido registrando un incremento de estudiantes autistas en los colegios, que ha ido avanzando al mismo tiempo que se instalan y galvanizan las políticas de inclusión. ¿Qué tan importante es este aumento? En Estados Unidos el número de estudiantes autistas se cuadruplicó en los años en que se hizo obligatoria la convivencia de la diversidad. Algo similar ha pasado en nuestro país, dando origen a un escenario complejo para un profesorado que hasta hace poco tenía uno o dos niños con esta condición en las salas de clases. Hoy en día este número ha aumentado y tenemos aulas con un 10% y hasta 20% de estudiantes del espectro. Esto plantea un desafío para la labor pedagógica de los educadores. ¿Cómo afrontarlo en tan poco tiempo y con recursos limitados? La clave está en asumirlo con optimismo y convicción, comprendiendo que la incorporación de un niño o niña autista en los espacios naturales de la vida social va a brindarles oportunidades de aprendizaje y experiencias de vida que difícilmente puede encontrar en los espacios segregados de educación especial. También va a enriquecer a toda la comunidad educativa: si somos capaces de dar vida a aulas en las que se encuentren estudiantes con distintas maneras de ser, pensar y actuar vamos a fortalecer la capacidad de diálogo de todos y vamos a potenciar el desarrollo de habilidades socioemocionales esenciales como la empatía, la solidaridad y la tolerancia, que son fundamentales para desenvolverse en sociedades diversas, como las actuales, donde la resiliencia será una herramienta clave para la vida.

Resumiendo el argumento: tenemos al frente un proceso imparable (el incremento del estudiantado autista que se incorpora al aula regular); por el momento esto se ha convertido en un problema, porque no existen en nuestro país los recursos institucionales y profesionales para que el criterio de la inclusión se expanda y todo funcione de manera virtuosa; tenemos, al lado de esto, muchas barreras, que hacen que las cosas se den con dificultad, o se den mal en las aulas escolares; pero vale la pena generar las condiciones para que estas piedras en el camino sean removidas; es lo que tenemos que hacer.

Piedras en el camino.

El tema de la inclusión ha dejado de ser una meta. En nuestro país ya se ha convertido en un dato. La mayoría de los y las estudiantes autistas, efectivamente, cursan sus estudios en establecimientos regulares.

En principio, esto podría parecer una buena noticia. En un entorno social natural, estos estudiantes tienen la oportunidad de desarrollar herramientas clave para fortalecer sus relaciones interpersonales y alcanzar su máximo potencial como personas y ciudadanos. Sin embargo, este aspecto positivo solo se materializará si logramos superar una serie de obstáculos



que limitan su desarrollo, convirtiendo la inclusión en un desafío más que en la solución que buscamos.

Hablemos de las piedras en el camino.

La principal barrera que tenemos al frente es la que está conformada por el propio profesorado. La mayoría de los educadores celebran la inclusión y la abrazan en el primer momento, pero a poco andar empiezan a evidenciar actitudes menos entusiastas. Piden a las jefaturas que los estudiantes pasen más horas en las salas especiales que se encuentran disponibles en los colegios (en algunos de ellos). A veces dan un paso más y aconsejan a los padres que busquen contextos más favorables para sus hijos en establecimientos donde haya recursos y capacidades para trabajar con la diversidad.

¿Razones? Los profesores saben que son la primera frontera para la inclusión porque pueden detectar los síntomas que permiten iniciar la ruta de cuidados de la que se ha hablado en la primera parte de este libro. El problema es que pocos de ellos cuentan con conocimientos y formación técnica para percibir señales de alerta, que a veces no son evidentes, porque las carencias que evidencian los niños con esta condición, en algunos ámbitos, se ven compensadas con capacidades sobresalientes que son valoradas en el mundo escolar. Una persona autista, por ejemplo, puede tener destrezas matemáticas y retener fechas y conceptos, que le permiten obtener altas calificaciones. Pero al mismo tiempo ese estudiante puede evidenciar dificultades para trasladar su talento matemático a situaciones de la vida real o para comprender los alcances de un evento histórico y usar esa capacidad para explicar algún suceso del presente. Esto no significa que no puedan lograr un aprendizaje de calidad. Lo que implica, realmente, es que hay que enseñarles de otra manera, con métodos que se adapten a sus estilos de aprendizaje.

La falta de preparación para enfrentar los diagnósticos es solo uno de los problemas que confrontan los profesores, de cualquier nivel. Los más complejos tienen que ver con la amplitud de las condiciones que presentan los estudiantes que tienen al frente, que se sitúan en distintas posiciones del espectro. Lo que termina pasando, como resultado de esto, es que cada alumno se convierte en un mundo propio que necesita un enfoque distinto. Para ayudarlos a aprender, los educadores tendrían que ser capaces de descifrar las claves de esas diferencias y tendrían que dominar herramientas pedagógicas *ad hoc*, cosa que es imposible con la formación que reciben en pregrado y postgrado.

¿Cómo franquear estas barreras de entrada?

Los profesores llevan adelante su trabajo formativo usando las formas *de decir o comunicar*

como un vehículo de significado. No logran entender a estudiantes que se relacionan con el mundo a partir de lo que se dice de manera concreta (Lawrence, Clarence, 2019). Eso va creando una brecha de comunicación, va mermando la confianza que tienen en sus capacidades profesionales, va haciéndolos más lábiles al estrés y menos entusiastas con la causa de la inclusión. El resultado de todo esto es el problema actitudinal del que habla Juana María Hernández en el coloquio con el cual se va a encontrar el lector más adelante.

La vida de estos niños, niñas y adolescentes, que han accedido a la educación regular, es todavía más complicada que la de sus profesores y profesoras. Para ellos el colegio es un lugar socialmente estresante: un 65% de los estudiantes autistas de secundaria reportaron haber sufrido acoso o intimidación en Estados Unidos; un 90% de los estudiantes del mismo nivel reportaron haber sido acosados al menos una vez a la semana en Gran Bretaña. ¿Alguien puede ser feliz en un medio en el que la exclusión social y la victimización son la regla? Menos de la mitad de los estudiantes autistas, responde que eso *no es posible*. Esto nos obliga a situar cualquier debate sobre el autismo y la educación en un “contexto de exclusión e infelicidad” (Conn, Carmel, 2019).

Las dificultades suman y siguen.

Uno de los nudos más difíciles de desatar, para ellos, es el de la accesibilidad. Las lecciones que reciben no están adaptadas a la lógica de operación de su cerebro. Lo mismo pasa en los patios, en las salas de clases, incluso en las áreas administrativas, que han sido diseñados, al igual que los procesos instruccionales, para atender las necesidades de ese constructo inexistente llamado el “alumno corriente”.

Hay barreras incrustadas en la cultura escolar, que es individualista y competitiva. Dominan allí los roles estereotipados, en detrimento siempre de los *originales* y los *distintos*. Todo esto transforma en buenas palabras el interés que tenemos todos de transformar el aula regular (un medio social natural) en un espacio que sea formador, a nivel integral.

A los problemas de accesibilidad o asociados a la cultura escolar se suma uno más estructural, que tiene que ver con los atributos de las instituciones en sí mismas. ¿Cuántas escuelas emocionalmente sanas tenemos en este país? Quizás menos de las que suponemos.

El poder del cambio.

Los y las estudiantes autistas enfrentan hoy en día barreras que se han convertido en muros. ¿Algo irremontable? Este libro fue escrito para alentar los entusiasmos, dando por sentado que cualquier barrera puede ser franqueada, si se enfrenta las cosas de manera técnica, a partir de datos. El coloquio que viene a continuación nos aporta luces sobre esto.



Vamos a poder analizar, junto a las expertas, los cambios que necesitamos promover, para que comiencen a tomar cuerpo los cambios: lo primero que debemos confrontar son las "barreras actitudinales" de las cuales nos habla Juana María Hernández que "influyen directamente en la posibilidad de que el estudiante sea aceptado o rechazado por sus compañeros y profesores". Sabemos que "lo desconocido da miedo", comenta Natalia de Francisco. Pero estas resistencias, por arraigadas que estén, pueden ser remontadas a través de la sensibilización y la formación, siguiendo el ejemplo que nos aporta Portugal. ¿Qué fue lo que lograron los lusitanos? Generar un cambio en la cultura de los profesores y las familias, antes de caer encima de ellos con el peso de la normativa inclusiva. Ese esfuerzo permitió transformar a los *stakeholders* del cambio en aliados del proceso, en lugar de en sus principales detractores. Necesitamos avanzar con algo similar en Chile, apoyando a los más de 200.000 educadores que hoy están integrados al sistema escolar. Simple y claro: "La inclusión no es posible sin los apoyos necesarios", afirma Natalia de Francisco, y el "desde" a nivel de apoyos son las competencias profesionales: tenemos que asegurarnos de tener un número suficiente de profesionales que sepan cómo abordar las características específicas de este grupo humano, que es igual en derechos, pero distinto en su manera de procesar la información; necesitamos contar con profesionales, que se distribuyan por parejo en todas las escuelas que integran el sistema, que puedan ayudar a esos estudiantes a abordar las dificultades que experimentan en el plano cotidiano, y que sepan estimularlos con enfoques pedagógicos que los hagan lucirse con sus fortalezas y que minimicen sus debilidades, *sabiendo quienes son, cómo son, cómo se relacionan* simbólicamente con el mundo, *cómo aprenden, cómo se encuentran y crecen con los otros*, aplicando acá un correcto criterio bio-psico-social; necesitamos contar con profesionales que quieran transformar a su propio quehacer en una herramienta para remecer a las instituciones en las que trabajan, obligándolas a vivir un proceso de transformación interna que es tan necesario.

Esto es perfectamente posible porque sabemos todo lo que hay que hacer, por el extenso cuerpo de investigación con el que contamos en el área de la neurociencia, la psicología del desarrollo o la didáctica. Es cosa de seguir indicaciones tan claras como las que nos comparte Karen Guldberg, (K. Guldberg, 2020), entre otros muchos autores, para lograr que los estudiantes autistas no solo estén presentes físicamente en las aulas regulares, sino que estén involucrados en todas las actividades que se despliegan en el aula, recibiendo el apoyo necesario para alcanzar su máximo potencial.

Un buen foco inicial, en esta línea de trabajo, es el centrado en las apropiaciones curriculares y las prácticas pedagógicas. Necesitamos aplicar acá los principios del Diseño Universal para el Aprendizaje (DUA), asegurándonos de que el tratamiento de los contenidos se adapte al modo cómo funciona la mente de cada estudiante. Es fundamental complementar este trabajo, a nivel curricular, con la aplicación de estrategias inclusivas, como el trabajo en grupos,

la enseñanza mediada por pares, entre otros, para garantizar que el alumno autista no sea aislado del resto. Si no encontramos fórmulas que involucren a estos estudiantes con la comunidad de la que son parte, esto no va a funcionar. Juan María Hernández explica la razón: “La inclusión no se trata solo de estar presente, sino de participar, aprender y crecer junto a los demás”. ¿Cuál es el punto central acá? La inclusión sólo va cobrar vida, en las escuelas, a partir del momento en que todos los que dan vida a ese espacio relacional -directores, profesores, alumnos, padres, etc.-, comprendan el valor que tiene el compartir y hacer camino juntos.

La buena noticia es que las estrategias y las herramientas que sirven para lograr estos resultados no son ni demasiado nuevas ni demasiado misteriosas. Las metodologías activas de enseñanza de enseñanza y evaluación, por ejemplo, son un activo con el que cuentan muchos educadores, desde hace rato. Lo que falta acá es que se animen a utilizarlas con un sentido inclusivo.

La transformación de la mirada de los profesores no es el único cambio que tenemos que impulsar. Es necesario sensibilizar también a los alumnos neurotípicos y sus familias, para hacerles entender que “la inclusión no solo beneficia al estudiante autista, sino a toda la comunidad escolar”, ayudando a que se asienten “valores como la empatía, la solidaridad y el respeto por las diferencias” (Juana María Hernández). Cuando logremos instalar una cultura del respeto y logremos que los miembros de cada comunidad escolar empiecen a funcionar en la misma sintonía va a ser más fácil remover las piedras en el camino de la inclusión. Se va a necesitar dar algunos pasos más que vamos a analizar en el coloquio que viene a continuación. Uno de los más importantes es el de la infraestructura. Nuestras escuelas están llenas ruidos acústicos, colores y soluciones espaciales que generan ansiedad y dificultan la participación. Esto no tiene por qué ser así. Los sostenedores y los directivos pueden transformar esos lugares inhóspitos en medios más accesibles, amables, tranquilos, que cuenten con señales visuales para organizar las rutinas, con menos sobrecarga sensorial, con voluntad e imaginación, sin tener que destinar muchos recursos a esto. Basta que tengan clara una premisa esencial: las verdaderas barreras para la inclusión están en el contexto y no en las personas. Y el contexto puede cambiar, “si tenemos la capacidad de mirarnos y revisarnos críticamente” (Juana María Hernández).



La Guía "Ciclo vital en el Espectro Autista: conversaciones y recomendaciones", ha sido diseñada en un lenguaje claro y sencillo, la cual pretende aportar a la comprensión de lo que hoy sabemos del Autismo. La Guía se encuentra disponible para toda persona que desee acercarse a una mirada más amable, por medio de recomendaciones y acciones concretas, para avanzar en aquello que hoy conocemos como enfoques respetuosos, desde la valoración de la identidad Autista y con esfuerzos que promuevan el bienestar y calidad de vida; entendiendo la responsabilidad que tenemos como comunidad, de tal manera de ofrecer todas las oportunidades de participación social y cuidados; cuidados desde la consideración y dignidad inviolable de la condición humana.

ISBN: 978-956-420-661-5



9 789564 206615